

reviste hasta las argumentaciones más triviales. El verdadero mérito de la *Sociabilidad Chilena* estaba en el valor francamente heroico con que Bilbao, siendo aún un joven, se atrevía abiertamente a encarar las preocupaciones de su época sobre las cuales descansaban los fundamentos de la sociedad y de la política. No se arredró ante la avalancha de los prejuicios sociales que hubieran podido sepultarle bajo el torbellino desencadenado de su agitación. Su gloria arranca de su audacia. Más que convencer a sus partidarios logró entusiasmarles con aquellos períodos cortantes, lapidarios y solemnes, revestidos de ardientes alegorías y de invocaciones paradójicas. Si en verdad hoy nadie recuerda las doctrinas de la *Sociabilidad Chilena*, en cambio la memoria de Bilbao, apóstol y agitador, es inolvidable, porque antes que sus ideas filosóficas nos agradan sus arrestos de iluminado y sus fieras embestidas contra la tradición secular. Yo me atrevería a calificarle de un precursor ardiente del socialismo en Chile: socialismo que si no es original en él por lo menos encontró en Bilbao un decidido apóstol que lo aplicase a la sociabilidad nacional.

IV

Tribulaciones, horas de estudio e intimidad en Europa

Poco tiempo permaneció en Chile Bilbao después del apasionado proceso de su escrito *Sociabilidad Chilena*. Durante algunos meses redactó en Valparaíso. *La Gaceta del Comercio* y en Octubre de 1844 abandona las playas chilenas rumbo a Europa, en compañía de don Francisco y de don Manuel Antonio Matta. Llega a París a fines de Febrero de 1845. Los primeros síntomas que anunciaban el derrumbe de la monarquía de Julio comienzan a manifestarse claramente. Se instala en el Barrio Latino, en una pequeña pensión de estudiantes. Conocedor de la lengua francesa, se entrega de lleno al estudio asistiendo a cursos universitarios y a las conferencias de los centros doctos. Su hermano don Manuel recuer-

da que cursaba Astronomía con Arago; Geología y Química con Dumas; Matemáticas, Economía Política e Inglés. Pero, lo que mayor curiosidad y simpatía despertó en su espíritu joven fueron las lecciones y cursos que Michelet y Quinet dictaban en el Colegio de Francia. A ellos y especialmente a Lamennais, a quienes consideraba como sus maestros, había de acercarse como un discípulo que quisiese fortificar en la intimidad el caudal de sus doctrinas con la palabra nueva de quienes echaron las más fuertes semillas de libertad y de redención en los surcos abiertos de su espíritu.

Ya en 1845 encuentra el joven escritor chileno que, la que era estrella de primera magnitud en 1830, comenzaba a apagarse en un crepúsculo triste. Su primer mentor intelectual, Lamennais, cuyas doctrinas había seguido él con ávida curiosidad desde las aulas del Instituto Nacional y que apadrinaron su nacimiento a la vida del pensamiento cuando trajo uno de sus libros, comenzaba entonces a declinar en plena ancianidad, triste, abatido y sólo, inmensamente solo. ¿Qué había sido de aquella su energía indomable que en Roma se exaltó en un bello gesto de audacia?; ¿qué de aquellas convicciones recias y ardientes, como carbones encendidos, de las *Paroles d'un Croquant*? Deshecho después de las horribles tempestades que se levantaran en torno suyo con motivo de la publicación del más hermoso de sus libros,

sentía apagarse la estrella de su fortuna lentamente. La ruptura definitiva con Roma y el abandono en que le dejaron sus mejores amigos Combalot, de Coux, Lacordaire, Gerbet, de Salmis, Montalembert y Rohbacher, cortaron antes las alas a sus más duros entusiasmos. Idos eran ya esos buenos tiempos de fe ardorosa que Sainte-Beuve recordaba, años más tarde, en una hermosa página, al hablar del Padre Lacordaire: "Un groupe de jeunes écrivains catholiques distingués,—decía el autor de *Port Royal*—de doctrinaires du parti, qui, a l'envie du Globe, s'étaient essayés dans *Le Correspondant* sur la fin de la Restauration, se joignirent, sans s'y confondre, avec le groupe des amis de M. de Lamennais; a côté du vigoureux et sombre Breton, doux, aimable et savant abbé Gerbet, du brillant et vaillant Lacordaire, du jeune conte leur ami (Montalembert), alors dans toute la fraîcheur acérée de son talent, etc..." (1). Sólo vagos recuerdos persistían de aquella su popularidad, antaño enorme; de esa fiebre que se apoderó hasta de las multitudes mismas cuando apareció su libro *Paroles d'un Croquant*.

El propio Sainte-Beuve, cuyas páginas admirables constituyen el mejor testimonio de los acontecimientos de la época, ¿no refería también que, estando él encargado por el propio Lamennais de hacer la pu-

(1) SAINTÉ-BEUVE. *Nouveaux Lundis*. Vol. IV.

blicación de este su libro, un día se encontró con el impresor quien, entre confundido y temeroso, le dijo: "Vous etes chargé de l'impression d'un écrit de M. de Lamennais qui va faire bien du bruit; mes ouvriers eux-memes ne peuvent le composer sans etre comme soulevées et transportés; l'imprimerie est toute en l'air" (1). Esto da una idea exacta del poder comunicativo y eruptivo que había en dichos escritos. Pero, desde los alegres días de esa publicación, a los años vacilantes de su vejez, se interponía un abismo de bárbara indiferencia. A partir de 1843 se presienten las vacilaciones y las tristezas de sus últimos días. Después de los ardores de una vida de apostolado, su ancianidad es débil y temblorosa, como la pobre hoja que la brisa más ligera sacude despiadadamente en la rama del árbol. Sus campañas se resienten de flaquezas prematuras. La publicación de uno de sus folletos le acarrea una condena y una multa ignominiosas. El hielo de los años encorva su cuerpo, corona de blancura su cabeza y apaga el fuego de su corazón ardiente. Y el que antes era el más admirable de los frailes de su tiempo, audaz e intrépido como un águila que explorara el azul, decae y sus años postreros transcurren silenciosos y humildes como la más humilde de las vidas de cualquier hijo de mujer. La

(1) SAINTE-BEUVE. *Nouveaux Lundis*. Vol. I.

enantes clara fuente de sus ideas se enturbia y la confusión y la paradoja pervierten el líquido otrora puro. ¡Qué lejos estaba entonces de poder exclamar como en sus años de lucha: "C'est á peu pres la seule consolation de ce monde quand les hommes vous maudissent, c'est alor que Dieu vous bénit"! (1).

Por la inversa, Michelet y Quinet gozaban ya por aquellos años de un prestigio envidiable. La juventud se agrupaba en torno de sus cátedras, ansiosa de escuchar de sus labios el credo de las doctrinas nuevas. Mientras la estrella solitaria del hijo de Saint-Malo declinaba hacia su ocaso silencioso después de alumbrar el más hermoso día, estos dos nuevos soles llenaban ya el cielo francés con el calor de su lumbre. Ambos eran antes soñadores que investigadores; más verbosos que exactos; imaginativos y desmesurados en sus contornos. Michelet, al escribir la *Historia de Francia*, persigue fines análogos a Quinet, cuando expone el poema de la humanidad en ese *Ahasvérus* simbólico y apocalíptico, nueva *Leyenda de los siglos* vaciada en el molde de una prosa de fuego. Ambos propendían, por acción del libro, de la palabra, a hacer de Francia "ce que la nature l'a fait, le peuple de la démocratie par excellence".

En 1845 Michelet y Quinet dictaban una serie de

(1) *Correspondance de LAMENNAIS*, publicada por FORGUES.

cursos sobre religión, política e historia. Es de suponer el interés con que Bilbao asistía a ellos, en busca del óleo, de la palabra nueva que en su espíritu había de fortificar su heroica fe de cruzado de la libertad.

Sobre todo el polígrafo de *El Cristianismo y la Revolución Francesa* le atraía con mayor fuerza. Discípulo directo del romanticismo alemán, Quinet era una especie de poeta épico de lo abstracto. Tal vez su falta de especialización en un ramo científico determinado y su imaginación ardiente, le facilitaban los vuelos amplios y tortuosos a través de los períodos de la historia, como una ave enorme que proyectase sobre ella la amplia sombra de sus alas.

Las conferencias de Quinet sobre el cristianismo desencadenaron un agitado movimiento de opinión: las traducciones y los comentarios sobre estos cursos, como los ataques que en ellos se prodigaban contra los ultramontanos y por ende contra el rey mismo, hicieron renacer de sus cenizas la opinión liberal.

El arzobispo de París protestó públicamente contra los cursos de Edgard Quinet pues este atacaba a todo el clero "sous le nom d'un société reconnue par les lois". Las autoridades creyeron luego oportuno hacer cerrar los cursos del profesor. La víspera de ese día Bilbao fué a visitar al maestro y Quinet al verle entrar le presentó a sus amigos con estas palabras: "Hé aquí un joven que viene arrojado por el espíritu jesuítico. Se refugia en Francia y aquí

nuestras instituciones acaban de dar un golpe en favor del mismo espíritu". (1).

En tal época y entre tales hombres el joven escritor chileno había de encontrarse muy de su agrado. Era el tiempo en que Quinet afrontaba abiertamente el problema religioso desde una de las tribunas más célebres de Europa para encontrar en la cultura de sus contemporáneos una franca recompensa de admiración y entusiasmo que solamente la camarilla del gobierno y el partido reaccionario no aceptaban. Bilbao, en cambio, había sufrido viéndose procesado y perseguido en su patria y dejaba, tras el torbellino de ideas levantado por su escrito de juventud, a su patria en poder de sus enemigos y a sus partidarios empeñados en una lucha cruda por el triunfo del liberalismo. Pero ahora se encontraba en el seno mismo de su madre ideológica. Desde sus comienzos literarios tuvo él siempre los ojos fijos en Francia y en sus pensadores. Durante su adolescencia fué su lectura favorita el libro de los oradores revolucionarios de 1789. De Mirabeau conocía las menores incidencias de su vida, publicadas hasta ese entonces por sus mejores biógrafos. Imitaba sus gestos y su audacia tribunicia. De aquí, tal vez, que su obra se resienta de ese afán generalizador y simbólico revestido por un vocabulario ampuloso, como si sus escri-

(1) MANUEL BILBAO.—*Francisco Bilbao, su vida y sus escritos.*

tos fuesen dirigidos a las multitudes. (Faguet advertía en Quinet,—el pensador que mayor ascendiente tuvo en su obra de senectud,—semejantes cualidades y defectos que harto claramente resaltan en la obra de Bilbao. “Elle était née—escribe el crítico francés—de l’amiration pour les orateurs emphatiques de la Révolution Française, et du désir de les imiter dans les assemblées parlementaires” (1).

Si en Chile Bilbao solamente había tenido ocasión de leer los primeros libros de Quinet, ya en París siguió muy de cerca sus conferencias y sus lecciones universitarias. A medida que profundizaba más las doctrinas del autor de *El genio de las religiones* más íntimamente se penetraba de su cultura y de su espíritu crítico. Afinidad de caracteres, y casuales puntos de contacto en las vidas del maestro y del discípulo, hicieron que aquel hijo espiritual de Quinet, nacido en el último rincón de América, no perdiera en adelante las huellas del maestro. En efecto, es fácil advertir en el desenvolvimiento intelectual de Bilbao, muchas analogías con la evolución espiritual de Quinet. Como el joven pensador chileno, el poeta filósofo de *Ahasvérus* había sido en su juventud un soñador, un romántico, un místico torturado por una eterna inquietud de perfección. Gustaba de lo abstracto, de la vaguedad y del ensueño. “Le jeune

(1) EMILE FAGUET.—“*Politiques et Moralistes du XIX Siècle*” (Deuxième Serie).

Quinet—recuerda Faguet—était reveur avec de dangereuses delices, de bonne heure concentré et silencieux, semblant choisir pour camarade favori ce jeune homme dont il parle a sa mere, qui, pendant trois heures de promenades, ne lui adresse pas une parole”

(1). Su sensibilidad se exaltaba en la quietud de la reflexión y del aislamiento. Bilbao también de joven fué silencioso y parco en el hablar, huraño y tímido. Frecuentemente sus compañeros de estudios le veían sólo a través de los corredores del Instituto, con un libro bajo el brazo, modulando a media voz, extrañas profesiones de fe. Su bondad le había captado el cariño de los muchachuelos. “Ejercía sobre los niños —recuerda Barros Arana—una gran autoridad que todos soportábamos gustosos, porque era bueno y afable aún con los más chicos” (2). En plena adolescencia y cuando ya en su espíritu comenzaban a acuñarse las ideas de su futura *Sociabilidad Chilena*, era un verdadero contemplativo, cuyas conversaciones interiores hicieron creer a sus amigos en una no lejana perturbación mental. Quinet había comenzado sus labores de escritor traduciendo obras serias, antes que dar a la publicidad escritos suyos. En efecto, vertió del inglés a su lengua natal, (pues aún no conocía el alemán que más tarde había de dominar ad-

(1) EMILE FAGUET.—“*Politiques et Moralistes du XIX Siècle*” (Deuxième Serie).

(2) BARROS ARANA.—“*Un decenio de la Historia de Chile*”. Vol. I.

mirablemente) los tres tomos de la obra de Herder y comenzó a escribir una *Introducción a la Filosofía de la Historia de la Humanidad*. ("Plein d'une juste défiance en mes forces, je ne cherchait point à publier ces essais,—escribe en 1857, al recordar sus primeros ensayos,—ni les noemes—Faisons avant tout une œuvre modeste que soit certainement, nécessairement utile; traduisons, si nous ne devons pas créer. Et je me décidai pour Herder" (1). ¿No hace recordar esto los comienzos de Bilbao, cuando traducía un libro de Lamennais antes de componer su *Sociabilidad Chilena*? Es la misma orientación, el mismo derrotero espiritual, para alcanzar más tarde resultados análogos. Hay algo de común, de remota afinidad, en las vidas de ambos pensadores: una acción parecida desarrollan en sus luchas del pensamiento, un mismo credo filosófico alumbró los primeros días de sus juventudes apasionadas. Se creería, como en las cosmogonías indias, en esas almas gemelas que, como dos estrellas errantes, corren un día a través del espacio dejando rastros luminosos, para irse a fundir en el infinito.

Por la inversa de lo que hacían comúnmente todos los emigrados sudamericanos en París, Bilbao llevaba una vida metódica, rigurosamente puritana. Despreciando el atractivo de los placeres frívolos, aprove-

(1) Citado en las cartas a su madre, *Correspondence*. Vol. I.

chaba sus días en el estudio y el trabajo. De sus padres recibía frecuentemente ayuda para subvenir a los gastos más necesarios; pero, como esto no era suficiente para afrontar las exigencias de sus modestas necesidades, le encontramos habitando en París un tercer piso de la calle Martignac, y dado por entero a los libros y a copiar música para ganar algunos francos con que cubrir regularmente el alquiler de su bohardilla. El sacrificio de tal aislamiento severo fortifica su espíritu hora tras hora. No rezan con él las tentaciones de esa Lutecia rica en locas embriagueces, que fascina como una serpiente. El no escucha los llamados del bulevar y del café "alante": cuando la vida nocturna comienza, él duerme para sorprender la primera claridad de la aurora. "Se levantaba al amanecer—escribe su hermano don Manuel—y se ponía al estudio de los tratadistas de metafísica." Sólo los muros desnudos de su cuarto saben de sus vigiliias y de sus firmezas. "Era su vida la de un santo y la de un ángel", decía don Rafael Orrego en cierta ocasión que recordaba la estada de Bilbao en París. Jamás un amor mayor por el estudio prendió en cerebro de varón: desgraciadamente careció Bilbao, como su maestro Quinet, de una disciplina severa que, orientando su voracidad científica en un sentido determinado, hubiese dado una labor más consistente, firme y uniforme.

Pocas y muy escasas son las noticias que consig-

nan los biógrafos y los críticos de Bilbao sobre su vida en Europa. Es menester recurrir a la única fuente histórica que él dejara en su archivo privado, el Diario íntimo en el cual anota día a día sus impresiones. Comienza así: "Espera y te esperan. Apunta tu vida y apuntarás tu marcha.—Revisa tu conciencia y tu memoria:—Revisando tu conciencia conocerás lo que avanzas en saber" (1).

Un día, tras larga espera, se decide visitar al ídolo de su juventud, a su maestro muy admirado, Lamennais. Le deja su tarjeta y dos días más tarde recibe el siguiente billete: "Mr. Bilbao trouvera M. Lamennais chez lui, jeudi prochain, entre midi et une heure. Le portier en voyant se billet saura qu'il est attendu". ¿Cuál no sería su gozo al pensar que dentro de pocos días iría a escuchar la voz de su maestro y a estrechar su mano? El día convenido se dirige a su domicilio. El tiempo está revuelto. Llueve. "Paso una primera pieza—anota en su diario—y, al entrar a la segunda del rincón de la derecha se levanta para responderme a mi saludo *El! el autor de Las palabras de un creyente! Yo creí que tenía la vista fascinada*". Después de cambiar algunas palabras, Lamennais le pregunta cuanto tiempo residía en Francia. Dos meses le dice Bilbao, a lo cual responde aquél: "Pues usted habla francés como un francés".

(1) MANUEL BILBAO.—*Francisco Bilbao, su vida y sus escritos*.

En la segunda entrevista que tuvo con Lamennais la conversación se hace más expansiva y Bilbao expone sus ideas. "Yo he sido católico,—le dice—pero a la faz de esta creencia me he encontrado con la moral que proclaman las constituciones. La soberanía del pueblo es para mí una creencia y un criterio como Ud. lo ha dicho". A lo cual Lamennais le responde: "No hay progreso posible más allá del dogma proclamado por el Cristo; *Ama a Dios y a tu prójimo*. Todos convenimos aquí, pero en las aplicaciones discordamos". "En la especialidad, le interrumpí",—agrega Bilbao. Poco antes de despedirse le dice el Maestro al discípulo: "Ud. tiene una misión apostólica, aprenda todo el bien con su voluntad y entusiasmo: aquí encontrará un amigo sincero. *Yo le llamo a Ud. mi hijo, y me abrazó. Y yo a Ud. mi padre, le respondí*" (1).

El 20 de Junio, aniversario del proceso de su *Sociabilidad Chilena*, visita nuevamente al tutor de las *Palabras de un creyente*. "Lamennais—escribe—me habló de la citación de Quinet, y con este motivo le expliqué el asunto del 20 de Junio. Mucho le sorprendió el que la juventud hubiese pagado por mí. Esto se lo hizo notar a Beranger que había entrado un poco después".

Sus visitas a Quinet y a Michelet son no menos interesantes. La juventud apasionada del audaz escritor

(1) *Diario* (MANUEL BILBAO.—FCO. BILBAO, etc.)

chileno que ya había sufrido su martirologio en aras del libre pensamiento, no podía serles indiferente. Pensador de *El Cristianismo y la Revolución Francesa* y al poeta filósofo de *La Hechicera y El Pájaro*. Desde un rincón de la América latina Bilbao había seguido el desenvolvimiento de sus ideas y era el mejor portavoz de sus libros. Así, pues, no resultaba extraño el afecto que le dispensaron siempre con sinceridad.

Una de las primeras entrevistas que tuvo con Quinet data del 1.º de Enero de 1848, según lo consigna en su Diario. Al tratar del libro *Vacances en España*, Bilbao le recuerda al Maestro que ha visto la Península "muy en poeta". Y aquél le responde: "Es preciso animar a estos pueblos del mediodía. Si Ud. supiera el desaliento que hay: creen que nada se puede hacer. Yo he vivido en los pueblos del Norte y sé el desprecio que le profesan a los países del mediodía. Larra ha muerto de desaliento y ha dicho que la América es la esperanza... Tengo que hablar de Chile también, y Ud. me traerá lo más importante y popular que tenga". Algunos días más tarde escribe en su Diario, recordando una tertulia a la cual fué invitado por el propio autor de *El genio de las religiones*: "Entre, —recuerda— Quinet me sienta a su lado y me dice el que tengo a mi lado es Charton, el que está a mi derecha es Reinaud, el que sigue es David y ese de los bellos blancos es Charles Didier". Quinet presenta

un joven chileno. Reinaud le pregunta si sus libros llegan a América. Entre tanto él observa a David d'Angers. Adivina en su rostro los rasgos de Sócrates: "Bajo, sencillo, —escribe— feo, voz pausada y tranquila". Bilbao le dirige la palabra y David le contesta: "El arte debe ser casto. Monvoisin es un hombre distinguido. ¡Qué poesía no debe haber entre ustedes los araucanos!" La charla es interesante. Didier le habla de sus viajes. Se interesa por Chile. "Cabello blanco, —apunta en su Diario Bilbao— hombre tranquilo, bello porte".

En Octubre del mismo año visita a Michelet. Ya le conocía, aún cuando no había departido jamás largamente con el célebre historiador. "Comía, —recuerda en su Diario— y al entrar, me dijo:—Lo que falta es que Ud. se sienta con nosotros. Tenía dos convidados. Bernard era uno. Le hablaba de animales y se habló del cóndor. La conversación fué larga e interesante. Al presentarle, Michelet dijo: "el señor es de Chile, es un bello país y, por lo que parece, es enérgico". Luego, después, al despedirse, le detiene en la escalera para ofrecerle sus relaciones en el próximo viaje que debía emprender a través de la Europa. "Vea Ud. a Michelet en Berlín—le dice—que lo presentará a Grimm, el sabio de la Alemania. En Milán a Manzoni". Le da una carta de presentación que decía así: "Monsieur le professeur Michelet, a Berlín; permitidme recomendaros a vuestra benevolencia, un joven que Mr.

Quinet y yo miramos cual si fuera nuestro hijo, el señor Francisco Bilbao, de Chile. Quiera el cielo que alguna vez tengamos un hijo tal. Es un genio, aún envuelto, más nosotros hemos penetrado en él y hemos encontrado un carácter fuerte y profundo, que, desarrollado debe ser un grande hombre". Esta carta da la medida del profundo afecto que Bilbao logró ganarse en el hogar de ambos escritores, y nos corrobora aquello de que las esperanzas que todos tenían fijadas en él fueron, desgraciadamente, mucho mayores que los frutos que dió tal cerebro. Todo lo enigmático y nebuloso que resultaba de las conversaciones del joven pensador chileno, sus frases sentenciosas y olímpicas, en más de una ocasión, hicieron creer a algunos de sus contemporáneos que en aquel muchacho de profundos ojos azules y de cabellera animada por extraordinarios soplos líricos, se anidaba la larva de una mariposa gigante, cuyos vuelos habían de esparcir más tarde a la América.

En Octubre del mismo año, Bilbao abandona París para recorrer algunos países de Europa: visita Praga, Viena, el Danubio, Munich, los Alpes tiroleses, Venecia, Padua, Milán, los Apeninos, Génova, Libornia, Pisa, Florencia, Civita Vecchia, Roma, para regresar a París en Junio de 1848.

De este su viaje a través de la Europa del Sur, es menester recordar algunas de las impresiones consignadas en su Diario. En Munich tiene ocasión de dis-

cutir acaloradamente, en una taberna de estudiantes, con un conde húngaro, persona de nombre por sus extravagancias y bizarrías: "Ellos bebían—escribe Bilbao—yo pedí te y observaba la fisonomía de mi hombre. Joven, pero gastado de arrugas, los signos del vicio, la mirada apagada. Bebe mucho, lee mucho, no sale sino de noche y se levanta a las tres de la tarde. Se formó el círculo y la discusión se empeñó. Remontamos al origen de las cosas: la creación. Pruebas ontológicas, pruebas psicológicas, estas últimas lo embarazaron más".

En Milán visita Bilbao a Manzoni, en cuyo hogar encuentra amable acogida. Charlan ambos durante tres horas consecutivas. "Discutimos—apunta en su Diario—las cuestiones más arduas de metafísica y vi que era fuerte. Me hizo detener en ellas, diciéndome que le gustaba esa discusión. Es enemigo del idealismo subjetivo, pero yo le decía que toda filosofía debe empezar por el *cojito de Descartes*.—El empieza por la existencia,—me dijo.—Pero la existencia es revelada en el yo, le respondí. Hablamos del catolicismo, le expuse mis argumentos. Es lo que llaman neo-católico."

Luego arriba a Venecia. Todos sus recuerdos de mocedad le evocan aquella ciudad histórica, hermosa y pérfida como una odalisca. He aquí su impresión, consignada en el Diario. Es tal vez de las páginas más sobrias, inspiradas y hermosas de Bilbao. ¡ Ah, si

hubiera escrito siempre con análoga emoción comunicativa, siempre con tal seguridad en las imágenes y tal firmeza en el estilo, otro lugar, mucho más alto, ocuparía en nuestra literatura chilena! "Venecia!—dice.—Niño, muchas veces oí hablar de tí, Venecia. Los poetas y los historiadores me contaban tu vida, y varias veces, a tres mil leguas de distancia, yo me sentía en una de tus góndolas, pasando bajo el puente de los Suspiros, o circulando en tu playa en medio de los grupos del baile o de la conspiración. He venido y te he visto, he recordado y he meditado sobre tus ruinas, porque eres ruina, bella ciudad, aunque el tiempo no ha derribado ninguna de tus murallas. La gloria, el amor, la libertad han sido mis amores. La gloria la has tenido, ella ha coronado tu frente con el triple rayo: el trabajo portentoso, el heroísmo del guerrero, la fuerza de tu vida". Así la evoca el joven pensador, con lirismos magníficos de poeta y emoción profunda de artista. Desgraciadamente, en raras ocasiones de su corta carrera literaria, Bilbao escribió así.

Durante su ausencia, todo había cambiado en París. Ya de regreso, en Junio de 1848, encuentra la gran metrópoli perturbada y temblorosa. La caída de Luis Felipe, en Febrero de ese año, aún prolongaba una situación de vacilaciones e incertidumbre. En Italia, Carlos Alberto pretendía emancipar a la Península a la cabeza de una revolución ardorosa. En Viena se suceden las agitaciones estudiantiles, mientras la Hun-

gría y la Polonia fracasan en sus proyectos libertarios. Claman en el norte de Italia los universitarios contra el papado, mientras en Trieste el ejército logra difícilmente aplacar las asonadas callejeras. Un instante se piensa que Francia auxiliará a Hungría y Polonia. Sin embargo, no sucede así: la Convención se desentiende y no interviene. Carlos Alberto no consigue el triunfo, mientras el gobierno francés ayuda al papado. Los motines se multiplican en París. El desgobierno amenaza desquiciar el orden. Cuando la insurrección de la Comuna estalla, Bilbao no abandona un instante a Quinet que ha sido nombrado coronel en una legión de la Guardia Nacional. En las barricadas del 25 de Junio sucumben quince mil hombres. Triunfa la Convención. Es todo un castillo de ilusiones que se derrumba. Quinet renuncia el mando de su legión. Bilbao escribe entonces: "La Francia va a faltar a su palabra. La Francia va a mentir: la Francia se suicida para el porvenir".

Durante los últimos meses de su residencia en Europa la situación pecuniaria de Bilbao mejora notablemente. Sus amigos de Chile consiguen que el Gobierno le auxilie nombrándole oficial de la Oficina de Estadística y, adelantándole un año de sueldo, se le concede autorización para que permanezca en Francia algún tiempo más, con una comisión especial. "Bilbao, así que recibió ese nombramiento—escribe Barros

(1) BARROS ARANA.—*Un decenio de la Historia de Chile*. Vol. II

Arana—y que recibió en la Legación de París los fondos que se le mandaban anticipar, no pensó más que regresar a Chile (1)".

En Febrero de 1850 llega a Valparaíso. Más que nunca ardoroso, entusiasta y convencido en el triunfo del liberalismo que tan de cerca había visto palpitar en Europa, poco y nada se preocupa de dar cuenta sobre los resultados de su comisión y de hacerse cargo de su puesto (1). Sólo desea sembrar vientos de libertad; agitar al pueblo y predicar la revolución contra los reaccionarios.

(1) Don Manuel Bilbao refiere que, después de llegar a Chile su hermano Francisco no aceptó ser redactor de *El Progreso*, "por que vió que se le ponían condiciones: sostener al Gobierno y no hablar de religión. Desechó la oferta—agrega—sin dar la razón de su negativa, a pesar de hallarse sin recursos". En cambio, Barros Arana escribe: "El Gobierno de Chile, impuesto de esa situación, y creyendo que Bilbao podría ser utilizado lo nombró oficial de la Oficina de Estadística de Santiago, por un decreto de 29 de Agosto de 1849, adelantándole un año de sueldo, y autorizándolo para permanecer todavía algún tiempo más en Francia con el objeto de estudiar ese ramo del servicio público". De lo cual se desprende que al llegar a Chile, Bilbao tenía ya su empleo y no carecía de recursos como lo afirma su hermano don Manuel.

V

Páginas escritas durante su estada en Europa

Durante el tiempo que estuvo en Europa, Bilbao dedicó muy escasas horas a sus labores de escritor. Preocupado más en compilar extensas reseñas de los cursos a que asistía, ya fuera en los de Arago sobre astronomía, o ya en los de Dumas, sobre geología y química, y en los de Michelet y Quinet, sobre historia o religión, apenas si le alcanzaban sus horas para repartirlas en visitas o en lecturas; porque Bilbao leía ávidamente cuanto libro despertaba su curiosidad o le recomendaban sus maestros y sus amigos, con preferencia los de filosofía e historia. Más preparado ya para emprender estudios vastos de filosofía cientí-